

Diversidad inclusiva, diálogo e innovación

Ali Madanipour



Bailando en la calle, Barcelona.

En el transcurso de lo que podría ser la vida de una generación hemos sido testigos de la caída cíclica de dos modelos de desarrollo: el primer modelo, que implicaba un compromiso entre empresarios y trabajadores, fue posible con el apoyo del Estado; surgió como respuesta a la crisis económica de la década de los treinta, del siglo xx, y de la Segunda Guerra Mundial, pero perdió impulso en la década de los setenta (Alietta, 2000). En respuesta a la crisis de los setenta del siglo xx, surgió un segundo modelo basado en el libre mercado, la privatización y la liberalización, la globalización y el cambio tecnológico; un modelo que, a su vez, se ha ido cla-

rificando desde 2008 (Barber, 2009). El fracaso de estos dos modelos significa la necesidad de creación de un nuevo modelo de desarrollo que requerirá innovación y creatividad en su sentido más amplio.

Este trabajo analiza los componentes necesarios para una posible trayectoria futura basada en la diversidad cultural y en el diálogo. En primer lugar, el documento describe la importancia que tiene la innovación para el desarrollo económico y el papel que juegan la diversidad y el diálogo en materia de innovación. A continuación, se exploran las implicaciones de estos conceptos en núcleos urbanos dirigiendo la atención a sus potenciales

impactos en cuanto a la fragmentación del territorio. En lugar de enclaves de elite, se demuestra que es necesario incluir la noción de diversidad, que en parte se hace posible mediante el establecimiento de un fuerte dominio público.

Las consecuencias negativas de la diversidad y del dominio público se evaluarán y se obtendrán conclusiones.

Innovación basada en el diálogo y en la diversidad

En la búsqueda de un nuevo modelo, la información ha encontrado un lugar central como base para el futuro desarrollo económico. Una de las claves principales de la visión de la Comisión EU 2020 es “la creación de valor a través de basar el crecimiento en el conocimiento” (CE, 2009a:5). En el marco del desarrollo económico, el conocimiento a menudo se define en términos de ciencia y tecnología, apoyada a través de la difusión de tecnologías de información y comunicación. Un camino paralelo, pero menos valorado, para conseguir crecimiento económico es el que discurre a través de la cultura y de las actividades creativas, cuya importancia ha sido cada vez más reconocida como pilar del desarrollo económico basado en el conocimiento (DCMS, 2008). Muchos se plantean todavía la relación entre cultura y economía como jerarquizada y, en el mejor de los casos, tangencial. Se cree que lo más importante es la economía, donde se producen las relaciones de producción, distribución e intercambio de bienes y servicios y donde se encuentran las preocupaciones reales. La cultura, en sus diferentes acepciones desde producto simbólico a nuevas formas de vida, se considera un tema secundario, de menor importancia, incluso como una consecuencia de estas relaciones económicas. Si algo

va a ser importante para las relaciones de producción e intercambio anteriormente consideradas se supone que será la ciencia y la tecnología. Esta es la razón por la que la visión de la UE acerca de la futura economía basada en el conocimiento, en la cual va a sustentarse el futuro de Europa, se basa principalmente en la ciencia y en la tecnología como herramientas que pueden transformar la capacidad productiva y facilitar el intercambio. Si bien, el arte y el diseño se han ido aceptando como un camino paralelo. Aunque ampliamente diferentes, estas aproximaciones paralelas a través de la ciencia y la tecnología y las artes y el diseño coinciden en la idea de la innovación.

La innovación es un principio fundamental en el desarrollo económico y en su transformación (CE, 2009b). La innovación implica la creación de nuevas ideas, productos y prácticas y alimenta los procesos de producción, consumo e intercambio. La innovación se entiende como el resultado de un proceso de exploración a través de la investigación y el desarrollo de nuevos productos, el diseño y la creatividad, así como la reutilización del conocimiento existente o adquirido o, también como la aplicación de nuevas herramientas. Como tal, a menudo es el producto del diálogo entre las diferentes ideas y prácticas, un encuentro de ideas procedentes de diferentes individuos, grupos y organizaciones. Diversidad y diálogo se encuentran en el núcleo de la innovación, que a su vez es el núcleo de desarrollo económico. La pregunta que tenemos que plantear es: ¿qué tipo de diversidad y qué formas de diálogo pueden conducir a la innovación? Si encontramos algunas respuestas a esta pregunta habremos descubierto algunos caminos hacia un nuevo modelo de desarrollo.



Calle del Barrio Chino de Yokohama.

¿Qué formas de diálogo?

La primera pregunta es: ¿qué formas de diálogo son posibles y deseables? Se identifican dos tipos de respuestas. Por un lado, se consideran las tecnologías de la información y de la comunicación, las cuales han facilitado el encuentro de las ideas a través de formas nuevas de intermediación. La capacidad de transmitir información a niveles sin precedentes y de comunicación con casi todo el mundo y desde casi cualquier lugar ha impulsado enormemente la innovación, hasta el punto que para algunas personas es la única forma de innovación que debería llevarse a cabo. Ha dado lugar a la idea de productos intangibles, relaciones no-espaciales, economía inmaterial e incluso el fin de la ciudad (Quah, 2002).

Pero ahora sabemos que estos procesos de información y de comunicación no

son tan inmateriales como creíamos que eran. No podemos pensar que algo sea irrelevante simplemente porque no lo vemos. Está claro que no podemos ver el mundo atómico y subatómico con nuestros ojos, pero ¿debemos pensar que no tiene ni dimensiones espaciales ni temporales cuando en realidad conforman los pilares básicos de la realidad material? La producción, el procesamiento, la transmisión y la visualización de datos son todos ellos procesos materiales formados de materia y energía. Las personas, los equipos y las redes que controlan estos procesos son seres materiales, con características espaciales de masa, ubicación y distancia entre ellos. Estos productos se producen, distribuyen y consumen en determinadas condiciones materiales; de este modo, teniendo en cuenta la cantidad

de objetos materiales que las personas poseemos en la actualidad, el grado de consumo de bienes materiales y la gran cantidad de desechos que se producen como resultado, es difícil llamar a esto una economía inmaterial. Estas dimensiones materiales a menudo conforman el entorno urbano, y la evidencia indica que las ciudades crecen al contrario de lo que dicen algunos rumores sobre su muerte y desaparición. Las relaciones cara a cara y la concentración en un espacio siguen siendo la forma más importante de interacción entre personas.

Por otro lado, otro tipo de respuestas hace referencia a los clúster espaciales. En el contexto urbano, las respuestas a la cuestión referida a la interacción y diversidad se dan a menudo por medio de soluciones basadas en el lugar, el cual favorece la comunicación cara a cara, atrayendo diferentes sectores de actividad o a personas a lugares concretos, con la esperanza de que se al generarse un cúmulo de actividades, la innovación aparecerá. Así pues, a través de la observación de la forma en que emergen de los clúster o bien gracias a decisiones individuales o bien gracias al mercado; se trata de la idea es desarrollar nuevas políticas públicas para la generación de clústeres. En el desarrollo y gestión de la ciudad, la interacción ha sido facilitada a través de la formación de clústeres espaciales y mecanismos institucionales de interacción. En otras palabras, si los clústeres facilitan la interacción de diferentes ideas, entendiéndolo como un requisito previo para la innovación, la cuestión sería porque no tratar de crear clústeres, con la esperanza de preparar un terreno fértil para que la semilla de la innovación crezca. Esta es la razón por la cual se observa la aparición de parques científicos, barrios culturales, distritos

de educación creados todos ellos como clústeres de innovación.

Por lo tanto, estos dos tipos de respuestas sientan las bases para el diálogo promovido tanto a escala tecnológica como espacial, en la creación de clústeres virtuales o físicos, que se espera que desencadenen la innovación en ciencia y tecnología, artes y cultura. No cabe duda de que tienen el potencial para apoyar la comunicación interpersonal, que es una base para la innovación, y por lo tanto, tienen sus ventajas y puntos fuertes. Pero si vamos a evaluarlos correctamente, también tenemos que explorar y probar sus verdaderos límites.

Clústeres y fragmentación

Desde el análisis de Alfred Marshall sobre distritos industriales, el proceso de aglomeración se considera una característica distintiva de la economía urbana mediante el cual las decisiones de ubicación de las empresas tienden a producir una especialización del espacio urbano. Dicha especialización no es necesariamente exclusiva y puede coexistir con una amplia gama de otras actividades que dan apoyo a dicha especialización de diversas maneras. Pero, cuando este proceso de 'clusterización' está institucionalizado a través de políticas públicas, el resultado puede ser menos diverso, con implicaciones directas para la productividad. El ejemplo del 'zoning' o calificación del territorio a través del ordenamiento territorial muestra claramente este problema. Debido a la división funcional del trabajo en el uso de la tierra algunas partes de la ciudad se escinden de otras, eliminando la posibilidad de apoyo mutuo entre las diferentes actividades y convirtiéndolas en zonas más monótonas o a veces totalmente inseguras o infrautilizadas.



Mercado ambulante en el centro de Turín.

Los nuevos espacios de producción en la economía del conocimiento incluyen universidades, parques científicos y tecnológicos, clústeres de economía creativa, así como edificios y agrupaciones de oficinas (Madanipour, 2011). La presión para la especialización y suburbanización ha creado espacios fragmentados especializados, mientras que la naturaleza de algunos sectores hace poco aconsejable que se separen de la vida de la ciudad. Las economías de escala y la presión para favorecer la aglomeración han sido producidas por el mercado o bien a través de políticas públicas para crear nuevos clústeres, con la esperanza de que traigan consigo la innovación. El factor clave de estas ideas es que la agrupación podría generar innovación y desarrollo económico. Otra lectura nos dice que los clústeres, que a menudo representan buenas marcas y altas dosis de publicidad, generarían una imagen positiva para el marketing de la ciudad y para la competencia global entre

ciudades. En este proceso a menudo se ven socavadas las relaciones entre el clúster y el resto de la ciudad, tanto en términos del sector de la economía y el tipo de trabajadores como en las relaciones espaciales de proximidad y la integración o en la descontextualización y la segregación. Puede ocurrir que los 'clústeres creados desde arriba' no conduzcan a la innovación funcional o a nuevas inversiones en la ciudad y, en ese caso, si no son parte de la economía de la ciudad y la sociedad, su éxito, si llega a materializarse, sería limitado. La producción de espacio puede estar conectada solo en parte a la necesidad de crear clústeres respondiendo a las demandas de nuevos desarrollos de la industria en lugar de la economía del conocimiento.

Además, el modelo particular de los clústeres de innovación puede fragmentar el espacio urbano de nuevas maneras. Silicon Valley representa un prototipo para muchos espacios de innovación

como pionero, envidiado y copiado por otras partes del mundo. La configuración espacial que se propone es la de una baja densidad en el espacio en cuanto a los lugares de trabajo, rodeados de viviendas suburbanas, de calles y centros comerciales y algunos núcleos urbanos. Fundamentalmente se sugieren los modelos de desarrollo suburbano que se plantean después de la Segunda Guerra Mundial en los Estados Unidos. Estos modelos pertenecen a una cultura y a un momento determinado, y el hecho de que fuera el centro de innovación en tecnología de la información y de la comunicación podría perderse para un visitante ocasional, ya que su organización espacial y aspecto difícilmente así lo sugieren. Si el visitante no está familiarizado con los nombres y logos de las empresas famosas que se alinean en las calles, puede pensar que se desplaza por otra área suburbana, donde las tiendas, las oficinas y las casas se encuentran esparcidas, accesibles para grandes coches y con amplias carreteras. En su momento, este modelo supuso la creatividad más vanguardista y, ahora, también constituye una dispersión urbana típica, un modelo que creció partiendo de la base de la disponibilidad de energía y suelo barato, que caracteriza el crecimiento suburbano de la posguerra.

Sin embargo los barrios culturales a menudo tienden a ser ubicados dentro de las ciudades, en lugar de en los suburbios, ya que la vida urbana es frecuentemente más propicia a la creatividad cultural. Muchas autoridades locales han creado dichas agrupaciones. Instituciones culturales existentes surgen en estos barrios vinculadas y son su marca, desarrollándose nuevos lugares para actividades creativas de los restos del declive de la industria de la fabricación. No obstante hay preguntas

que necesitan ser estudiadas: Mientras que las ciudades siempre han desarrollado clústeres de diferentes actividades, ¿pueden los clústeres diseñados desde arriba convertirse en una fuerza de productividad cultural? ¿Qué tipo de espacios se crean y como se relacionan estos espacios con su entorno? Si existen lugares en medio de los barrios marginales o antiguas fábricas, ¿qué fuerza de relación y enriquecimiento mutuo puede esperarse entre estas áreas y las zonas circundantes de la ciudad? ¿Es suficiente la proximidad física para generar encuentros de cara a cara? Sabemos acerca de los límites y el peligro de la ingeniería social y el determinismo físico, mediante el cual la reorganización espacial se toma como la principal herramienta para cambiar la organización social y económica de una sociedad, produciendo fallos inevitables. Estas políticas que generan clústeres culturales están basadas en la idea de la comercialización de las ciencias y la cultura y en el hecho de estar situadas en lugares determinados, dos condiciones con las que no todos los profesionales están de acuerdo. Además, el gobierno, las grandes empresas o los turistas pueden expulsar a través del precio a los que se sitúan en estas áreas por sus alquileres y precios bajos.

¿Qué formas de diversidad?

La segunda pregunta es acerca de las formas de diversidad que reconocemos. Una respuesta espacial a esta pregunta es la readaptación del espacio urbano a las necesidades de la llamada clase creativa. Pero la idea de una élite creativa que forme la columna vertebral de la economía puede no ser demasiado precisa, ya que muchas de sus actividades no implican necesariamente creatividad. Además, la labor de cualquier élite solo puede ser



Biblioteca pública en Bruselas.

eficaz en conexión con el apoyo del resto de la sociedad, ya que sin él, este grupo no sería capaz de operar. Sin embargo, si no se tiene en cuenta la contribución del resto de la sociedad, ello puede conducir a una sociedad de dos niveles en la cual se da por supuesto que la gentrificación es inevitable, pasando por alto las consecuencias sociales negativas, que incluyen la amargura y el resentimiento por quienes son expulsados a través del mecanismo de los precios o simplemente fueron desplazados por la fuerza.

Una conceptualización jerárquica de la economía divide a la sociedad en aquello que importa y aquello que no importa. En una interpretación anterior, se trataba de una separación entre la base y la superestructura, privilegiando la economía política por encima de la cultura; en el

análisis económico actual, esta separación hace referencia a la distinción entre las actividades de base y las que no lo son, entre clase creativa y las demás, entre la conceptualización y la ejecución, entre el ámbito productivo y el ámbito del consumo, etc. Una forma básica de crear distinciones distingue entre las estrategias que miran hacia adentro y aquellas que miran hacia fuera; entre aquellos que miran al mundo globalizado para atraer recursos y aquellos que necesitan mirar hacia adentro para averiguar las propias necesidades. Pero en todas estas divisiones el segmento privilegiado solo puede serlo si existen los otros segmentos. En otras palabras, son parte de un todo en lugar de existir independientemente. Sin las bases, la superestructura, las denominadas clases no creativas, los consumidores...

ninguna economía puede funcionar. La separación entre las funciones importantes y las no importantes en la división social del trabajo sienta las bases para la estratificación social, la alienación y la exclusión. Si bien las diferencias individuales son inevitables y es inevitable darle diverso valor a los distintos roles, es la división estructural la que crea distancias y fracturas a largo plazo y a gran escala (Madanipour et al, 2003).

La idea de clústeres espaciales resulta atractiva para analistas dedicados al desarrollo económico pero no necesariamente, o no de la misma manera, para analistas sociales. Un clúster económico puede ser una localización de redes especializadas de producción e intercambio y un clúster social puede ser también una determinada ubicación en base a similitudes sociales, pero no necesariamente supone dar lugar a alguna forma particular de innovación. Muy al contrario, un clúster social puede ser un ghetto, un enclave que puede negarse a su integración, convirtiéndose en rígido o antagónico a los demás. Los clústeres son un fenómeno socio-espacial, que puede tener consecuencias distintas según el contexto.

Recapitulando, el establecimiento de clústeres de élite en innovación puede tener algunos resultados positivos, pero también puede tener un impacto fragmentario en la sociedad y en el espacio. Así pues, en lugar de centrarnos únicamente en la aglomeración exclusiva y especializada, también deberíamos buscar una relación de integración y diálogo como camino para la innovación, lo que podría superar las presiones fragmentarias. Un enfoque más amplio permitiría ver las formas locales de conocimiento y la diversidad de la población con sus diferentes culturas como una fuente de innovación. En

lugar de ofrecer una jerarquía de clases basadas en una colección de fragmentos espaciales, la sociedad urbana podría ofrecer un marco integrador para la innovación, donde puedan surgir nuevas ideas y prácticas a través de la libre expresión y de la interacción. Dado que el origen de todo tipo de valor es el esfuerzo humano, un elemento reconocido por los primeros analistas tales como Adam Smith (1993) y Robert Owen (1991), el desafío es cómo facilitar, movilizar y apoyar el esfuerzo humano en sus diferentes expresiones.

El enfoque abierto reconoce el papel que desempeñan los diversos grupos en la economía y facilita su convivencia y colaboración a través del desarrollo de un sector público fuerte. En el ámbito público, en todas sus formas espaciales e institucionales, es en donde las diferentes culturas que conforman la sociedad urbana se pueden relacionar entre sí y desarrollan nuevas ideas y prácticas. Sin embargo, este enfoque no está exento de problemas (Madanipour, 2010).

Uno de ellos es la dominación del espacio público por la proliferación de productos culturales, que ha estado en íntima relación con el crecimiento de una economía basada en el consumo. Una gran parte de la economía en muchos países ha llegado a estar basada en el consumo. La dimensión espacial de este enfoque es el desarrollo de espacios urbanos que estimulen el consumo a través del ocio y el comercio, profundizando en los colores, las experiencias, los acontecimientos y la publicidad. Sin embargo, con los problemas económicos actuales, queda claro que el modelo basado en el consumo no es económicamente o ambientalmente sostenible. Por lo tanto, la cuestión es desarrollar ahora los espacios públicos y los productos culturales. ¿Cómo pueden generarse nuevas ideas, prácticas

y productos que tengan valor económico sin ser consumistas? Además, el consumo no es accesible para todos por igual y la creciente desigualdad en muchas sociedades conduce a la división de las zonas urbanas, con una variedad de lugares, de barrios ricos a guetos pobres, alentando a todos a consumir y excluyendo a aquellos que no pueden permitirse tener acceso a productos de consumo.

Estos enfoques tienden a recurrir a una noción instrumental de la cultura y no necesariamente participan de la diversidad cultural subyacente a la vida urbana moderna. Los resultados espaciales pueden generar enclaves de élite, zonas gentrificadas y lugares con una determinada imagen, conllevando unas condiciones sociales fragmentadas que dificultan el estímulo de la capacidad local de producir desarrollo económico y cultural.

Diversidad e identidad

La diversidad y la integración social, por lo tanto, deben ir de la mano. Sin embargo, una comprensión limitada de la diversidad puede producir resultados superficiales, poniendo énfasis en espejismos, reflejando una diversidad cultural imaginaria que neutraliza y convierte en aséptica y ficticia la diversidad existente. Esto puede observarse tanto en la publicidad como en la economía de la experiencia, mediante las cuales se hace un llamamiento a experiencias exóticas que generan emociones. Por otro lado, una comprensión muy profunda y rígida de la diversidad se convierte en una introspección, conllevando formas de tribalismo que no están dispuestas a comprometerse con otros. Para algunos, esta intersección de diversidad cultural y de innovación puede provocar una

sensación de inseguridad y pérdida de identidad. En la práctica, la identidad social no es tan fluida como parece sugerir el consumismo ni tan estancada como sugiere el tribalismo; simplemente no está a merced de corporaciones internacionales ni de perspectivas ultraconservadoras.

La identidad se suele considerar como el carácter distintivo de algo, pero a la vez muestra sus similitudes con otros elementos, ambas perspectivas surgen de un proceso comparativo entre las cosas (Madanipour, 2009). En el desarrollo económico la identidad se utiliza a veces para crear una marca, para mostrar que un producto es diferente de otros del mismo rango. En términos culturales, hay un sentimiento de que el proceso de globalización erosiona las distinciones locales y, por lo tanto, es necesario afirmar la propia identidad. En las ciudades estas consideraciones económicas y culturales se manifiestan en el desarrollo de la arquitectura icónica y en otras formas de carácter distintivo, desde clasificaciones a lemas específicos, alimentando todos estos aspectos a un ejército de consultores de marca. Pero ¿cómo puede este modelo, que considera la distinción hacia afuera, relacionarse con las realidades sociales locales, con sus necesidades y con sus aspiraciones? ¿Hasta qué punto puede este enfoque ir más allá de la superficie y alcanzar las condiciones materiales de las personas que viven en cada lugar?

Para muchos, la diversidad es una fuente de vitalidad, pero también una amenaza para la estabilidad y la continuidad. ¿Qué formas de diversidad son deseables? La larga lucha por la diversidad está relacionada con la respuesta a la aparición de grandes burocracias y corporaciones, con las tendencias culturales universales y con la relevancia de consideraciones

económicas y políticas a expensas de la expresión cultural. Pero cuando la diversidad se convierte en una norma, la identidad se convierte en una preocupación. La innovación requiere nuevas formas de pensar y actuar, a menudo resultado de la reunión de mentes diferentes, la interfaz de diferentes ideas y prácticas. Sin embargo, dicha interfaz presenta serios retos a todos los implicados. El sentido de identidad y de distinción local se desafía al introducir nuevas ideas que pueden socavar las tradiciones seculares de una localidad. La amenaza de la globalización reta al ámbito local a que encuentre un sentimiento de identidad, identificando cómo se puede ser diferente a los demás en su búsqueda de competitividad. Pero la identidad no solo es distintiva, también significa similitud. Así, un sentimiento de identidad cultural en una localidad gira en torno a cómo ese lugar es diferente de los demás, pero al hacerlo también establece similitudes con los demás, expresando cómo desea pertenecer a un grupo determinado. Lejos de ser un clon, las combinaciones particulares que desarrolla cada lugar constituyen una base dinámica para su identidad, que siempre será adaptable y cambiante.

Un patrón local de actividades puede ser una constelación con una identidad clara, pero manteniendo vínculos con el resto del mundo. Puede formarse con algunos de los mismos elementos que constituyen la identidad de otros lugares, resultando ser muy diferente a los demás en virtud de la combinación específica de esos elementos. En biología, podemos ver cómo cada miembro de una especie pertenece al mismo grupo porque tiene partes constituyentes similares aun siendo diferente a los demás por su forma propia de combinar estos elementos. Espacialmente, significa la

necesidad de clústeres contextualizados, vinculados a expresiones simbólicas y a una gobernanza democrática. Significa que existe un equilibrio entre la necesidad de mirar hacia afuera y la capacidad de relacionar y movilizar las necesidades, las ideas y las habilidades locales.

Si observamos las ciudades económicamente fuertes, su diversidad es una condición necesaria pero no suficiente para su éxito; es la capacidad para movilizar sus recursos sociales en el que se centra el núcleo de su éxito. La vitalidad de este contexto social está estrechamente entrelazada con su vitalidad económica. La riqueza cultural de terrenos en los que crecen las semillas de la innovación es importante, pero la capacidad de autogobierno colectivo, es esencial.

La diversidad puede analizarse en dos niveles: entre las ciudades y dentro de ellas; cada uno plantea un conjunto diferente de retos. La diversidad entre las ciudades estimula su competitividad a través de la diferenciación de la marca y del producto. La diversidad dentro de las ciudades lleva al festival del consumismo y a espacios fragmentados. En todos los casos, una de las interpretaciones de la diversidad parece referirse al aspecto cultural de la desigualdad social, pero si disociamos esto, la diversidad cultural en relación con la igualdad social puede ofrecer nuevas posibilidades.

El problema de lo local versus lo global es un problema de poder. Los lugares en el núcleo del sistema mundial también son espacios locales. En la globalización, Londres, Nueva York y Tokio han ocupado lugares clave como nodos fundamentales en el proceso de integración de las diferentes economías mundiales en un ámbito cada vez más integrado. Pero incluso estas ciudades no son inateria-

lidades flotantes: son espacios locales como cualquier otro espacio local, con la diferencia de que estas ciudades, o al menos algunos de sus lugares, se benefician más del proceso de globalización. Así pues, la lucha no es entre lo local y lo global, como a menudo se formula, es una tensión en torno al poder en todas sus formas: entre los actores y agentes más poderosos y los menos. Dependiendo de su ubicación en el rango de poder, se sienten más o menos a gusto con los procesos de globalización. Si están en un lugar donde se sienten que pueden tener algún control sobre sus propios asuntos, se sienten menos amenazados que en los lugares donde están abrumados por el cambio y sin esperanza alguna de poder gestionar este cambio para su beneficio. A causa de la aceleración de las fuerzas de la globalización, la incertidumbre y la inseguridad prevalecen, incluso entre los actores que pertenecen a un núcleo privilegiado. La escala y la velocidad del cambio, el grado de interdependencia y, por lo tanto, la vulnerabilidad, como manifiesto en las crisis económicas y ambientales mundiales, han socavado la sensación de confianza que se tenía en el pasado.

Se trata de mantener un equilibrio difícil entre la necesidad de seguridad y continuidad y las dinámicas de diversificación e innovación. La diferencia, debe interpretarse en un sentido que evite las asociaciones temporales y superficiales que no tienen ningún significado particular más allá que otra forma de consumo, evitando también las afiliaciones rígidas que no reconocen a otros y permanecen dentro de un mundo inmutable y potencialmente estancado. Debería incluir la diversidad que existe en una población y la diversidad que emerge del encuentro

entre aquellos que conforman la población y con otros, ya sea cara a cara o a través de intermediarios.

Innovación a través de la interacción inclusiva

La sociedad moderna es principalmente urbana y las ciudades son lugares de diferencia. Esta diversidad ha sido reconocida desde tiempos antiguos, particularmente en la división del trabajo que asigna roles diversos a diferentes personas, haciendo posible la vida urbana (Aristotle, 1992). La búsqueda de la innovación, sin embargo, tiende a privilegiar a algunos participantes frente a otros, a algunos sectores y espacios, creando desconexiones entre estos participantes y el resto de la sociedad. Una comprensión limitada del proceso supone que la innovación tiene lugar fuera de un contexto determinado. La innovación, sin embargo, está arraigada al contexto de la ciudad, se lleva a cabo en muchas de sus áreas de actividad y es participada por todos los agentes implicados. La idea de que la innovación es una especialidad de la élite socava la inteligencia y la intensidad del conocimiento que se pueden encontrar en todas las actividades humanas (UNESCO, 2005), suponiendo una esquizofrenia. La argumentación que se debe formular es que la diferencia social debe ser entendida en un sentido amplio, más allá de un número limitado de participantes y explorando nuevas posibilidades a través de formas de interacción inclusivas y abiertas.

La forma espacial e institucional que puede tener este tipo de interacción abierta es el desarrollo de lo público (Madani-pour, 2003). Los lugares e instituciones que pueden permitir a diversos grupos tomar conciencia de sí mismos y de otros, participando en la vida política y cultural

y explorando libremente nuevas ideas y prácticas, serían un ingrediente esencial de este reconocimiento de la diversidad. En respuesta al *laissez-faire* económico de siglo XIX y a la diversidad social se desarrollaron muchas instituciones públicas, mientras que una larga corriente de pensamiento, que empieza en Hegel, ha hecho hincapié en el significado del reconocimiento como una fuerza social (Ricoeur, 2005; Honneth, 1996; Bourdieu, 2000). Ello es posible a través de aquellas instituciones públicas que ofrecieron oportunidades para desarrollar nuevas ideas y prácticas, una lección que podríamos necesitar aprender de nuevo. Esta fuerza social puede movilizarse para desarrollar nuevas ideas y nuevas prácticas. Los acuerdos institucionales interactivos y la gobernanza inclusiva pueden estimularse y ser posibles a través de una vibrante presencia de lo público.

Una interpretación restrictiva de la cultura puede conducir al desarrollo de enclaves de élite, desconectados del resto de la sociedad, legitimando la gentrifica-

ción y el elitismo, o el consumismo y el despliegue superficial de la diversidad. Sin embargo, una interpretación más amplia de la cultura como una forma de vida reconocería la diversidad como un rasgo inherente a la sociedad urbana y buscaría las maneras en que estas formas de diversidad pueden estar presentes y generar efectos positivos mutuos. En términos espaciales e institucionales esto llevaría al desarrollo de la esfera pública, los lugares y los procesos donde diferentes ideas, prácticas y grupos se puedan encontrar. En lugar de enclaves de élite o funcionalistas, una esfera pública motivada y capacitada podría incluir una amplia gama de ideas y prácticas y permitiría el desarrollo del carácter distintivo local como resultado de la interacción entre la población culturalmente diversa dentro y entre localidades. La presión para la homogeneización, que es una consecuencia de la globalización, se compensaría de esta manera por composiciones locales democráticas con sus rasgos únicos tanto sociales como económicos.

Bibliografía

- AGLIETTA, Michel, 2000, *A Theory of Capitalist Regulation: The US experience*, New Edition, London: Verso.
- ARISTOTLE, 1992, *The Politics*, London: Penguin.
- BARBER, Lionel, 2009, Capitalism redrawn, *Financial Times: The Future of Capitalism*, 12 May 2009, p. 3.
- BOURDIEU, Pierre, 2000, *Pascalian Meditations*, Cambridge: Polity Press.
- DCMS, 2008, *Creative Britain: New Talents for the New Economy*, London: Department for Culture, Media and Sport, <http://www.culture.gov.uk/images/publications/CEP-Feb2008.pdf>, visitada 26 noviembre 2009.
- DUFAUX, F. y KEHMAN-FRISCH, S. eds, *Pérennité urbaine, ou la ville par delà ses métamorphoses*, Paris: L'Harmattan, Volumen III, pp. 217-234.
- EC, 2009a, *Consultation on the Future "EU 2020" Strategy*, COM(2009)647 final, 24.11.2009, Brussels: European Commission, <http://ec.europa.eu/eu2020/>

- pdf/eu2020_en.pdf, visitada 27 noviembre 2009.
- EC, 2009b, *European Innovation Scoreboard 2008: Comparative analysis of innovation performance*, Luxembourg: European Commission Enterprise and Industry, http://www.proinno-europe.eu/admin/uploaded_documents/EIS2008_Final_report-pv.pdf, visitada 17 octubre 2009.
- HONNETH, Axel, 1996, *The Struggle for Recognition*, Cambridge MA: MIT Press.
- MADANIPOUR, A., 2003, *Public and Private Spaces of the City*, London: Routledge.
- MADANIPOUR, A., 2009, City identity and management of change, en C. Vallat,
- MADANIPOUR, A., 2010, ed, *Whose Public Space?*, London: Routledge.
- MADANIPOUR, A., 2011, *Knowledge Economy and the City*, London: Routledge.
- MADANIPOUR, A.; CARS, G.; ALLEN, J., 2003, eds, *Social Exclusion in European Cities*, London: Routledge.
- OWEN, Robert, 1991, *A New View of Society and Other Writings*, London: Penguin.
- QUAH, Danny, 2002, Matching demand and supply in a weightless economy: Market-driven creativity with and without IPRS, *De Economist*, 150, No. 4, pp. 381-403.
- RICOEUR, Paul, 2005, *The Course of Recognition*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- SMITH, Adam, 1993, *An Inquiry into the Nature and Cause of the Wealth of Nations*, Oxford: Oxford University Press.
- UNESCO, 2005, *Towards Knowledge Societies*, UNESCO World Report, Paris: United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO).

Este artículo fue publicado en el volumen 4 de la Colección Ciudades Creativas (2012) de Fundación Kreanta correspondiente a las IV Jornadas sobre Ciudades Creativas organizadas por la Fundación Kreanta del 24 al 26 de noviembre de 2011, en Madrid.